

Margarita Urrea.

Corría el año 14, 4.º de la Independencia, cuando el Gobierno de Bogotá exigió al de Antioquia que le mandase una compañía de jóvenes nobles para guardia de honor del Presidente de Cundinamarca, *D. Antonio Nariño*.

El Gobernador de la Provincia trasmitió la comisión a la primera autoridad y al cura de Marinilla, *Dr. Posada*.

Bastó que estos señores comisionados hiciesen una pública excitación al nunca desmentido patriotismo de los hijos de Marinilla, para que, en seguida, se presentaran 150 mancebos de las familias más notables, ofreciendo marchar voluntariamente adonde se les destinase. Se les puso al mando del Sargento Mayor, *D. José Urrea*; todos ellos jóvenes distinguidos por su porte, educación y ardiente amor a la Patria, eran muy dignos de la alta misión a que se les destinó, nada menos que hacer de Guardia noble como si dijéramos los *zuavos* del gran *Nariño*.

En esta Compañía sobresalía un mozo que frisaba en los veinte años, de arrogante y bella presencia, valeroso y entusiasta, *D. Modesto de Hoyos*. Apenas hacía un año que había contraído matrimonio con una dama noble y bien educada, bellísima señorita, la más gallarda rosa de los jardines que adornaban su suelo nativo, con ser la tierra de las mujeres hermosas en aquellos tiempos, según las tradiciones contemporáneas. Esta dama era *D.ª Margarita Urrea*, quien había dado a luz su primogénita al tiempo que su tierno esposo se preparaba para un viaje, que era preludio casi infalible de muerte en el campo de batalla o en el patíbulo.

Amaba entrañablemente a su esposo, quien le correspondía con idolatría.

Al saber que éste marchaba a campaña no pudo contener los ímpetus de su corazón, y le dice resueltamente :

“Yo me voy contigo, quiero correr tu misma suerte y moriremos juntos por esta Patria, a cuya libertad ofrecemos gustosos nuestro sacrificio, o volveremos juntos a recalentar nuestro hogar con el fuego de la libertad, si Dios nos concede esta dicha.”

No valieron para hacerla cejar en su heroica determinación las tiernas reflexiones de su esposo, poniéndole de presente a su hijita que no contaba sino 3 meses de edad,

ni las súplicas de su santa madre, ni las de sus amigas. Puso en manos de su madre a su pequeña hija, encargándole de hacer sus veces; se despidió de su tierra natal con dolor, pero llena de esperanzas, y marchó al lado de su esposo, resguardada por su hermano el Jefe del Cuerpo y por el respeto y admiración de ese pequeño grupo de atletas que iban a luchar por la más santa de las causas.

En llegando a Bogotá, en donde iba a quedar acuartelada la pequeña Guardia, se solicitó para D.^a Margarita alojamiento en el Monasterio del Carmen, favor que le fue otorgado, atendiendo a su posición social y raras virtudes, concediéndole permiso para usar el hábito y velo, los cuales llevó hasta el fin de la campaña.

Pasado un año, los sucesos del Sur demandaron la presencia del Presidente en aquella región.

Al emprender marcha, Nariño se llevó consigo su Guardia de Honor, a la cual había cobrado especial cariño y en quien tenía depositada toda su confianza.

En esta vez la varonil D.^a Margarita no quiso desprenderse de su segunda hija, aunque las monjitas le exigieron que la dejase a su cuidado, porque, decía ella, que su primera hija la había entregado a una madre y la otra no se las dejaba porque "ellas no podían ser madres; me la llevo", y siguió detrás del ejército.

En los desfiladeros de la Plata se opuso resistencia a las fuerzas del General Nariño y allí empezó a dar muestras de su bravura el joven Hoyos, mereciendo por ella el ascenso a Capitán.

Al llegar a Popayán el ejército de Nariño, nuestra dama logró conseguir decente alojamiento en una casa contigua a la iglesia de San Camilo, en la cual pasaba casi todo el día orando por su esposo y sus hijas, especialmente, y por la Patria; no olvidemos que llevaba desde Bogotá el hábito de Carmelita, y que mantenía siempre cubierto su rostro con un velo.

En aquel alojamiento permaneció D.^a Margarita, mientras que su esposo fue a la campaña de Pasto con Nariño.

Después de su regreso a Popayán se halló el Capitán Hoyos en la batalla de la "Cuchilla del Tambo" que tan funesta fue para los patriotas (Junio 19 de 1816.) Allí mandaba en jefe el Coronel Liborio Mejía a 700 hombres, contando entre ellos el batallón Antioquia, contra doble número del enemigo "El joven Coronel Mejía, natural de Rionegro en la Provincia de Antioquia, dice un Historiador, fue digno de mandar en tiempos más felices por su valor heroico, su ardiente patriotismo y las demás virtudes que lo distinguieron. Admitiendo el mando para ir a

combatir en la "Cuchilla del Tambo", lo que hizo fue condenarse al sacrificio sin fruto alguno para la Patria. Puede esto ser verdad, pero también era su deber: nombrado Vicepresidente en la agonía de la República no podía rehusarle su sacrificio, y se encargó del mando inmediatamente, manifestando a una junta de guerra que convocó en tan críticas circunstancias, lo siguiente:

"La división del Sur, que siempre había adquirido laureles en el campo del honor, prefería sacrificarse entera en las aras de la libertad, más bien que hacer con el enemigo una capitulación deshonrosa."

De aquí aquella imponente marcha *con armas a la funerala*, que nos refiere Quijano Otero al dar cuenta del fusilamiento de Mejía.

En esa jornada, en que los patriotas hicieron prodigios de valor, 250 de esa columna de héroes quedaron postrados en el campo y 300 prisioneros, saliendo muchos heridos.

Entre los prisioneros cayeron el Capitán Modesto de Hoyos, los después Generales Pedro A. Herrán y José Hilario López y el Coronel Andrés Alzate, todos los cuales fueron *quintaños* tocando la mala suerte a Hoyos y a López que fueron puestos en capilla sin demora.

Durante todos estos sucesos D^a Margarita no cesaba de orar en la iglesia de San Camilo, en donde la habíamos dejado.

Mas todo fue saber el peligro inminente que corría su amado esposo, cuando se dirige a los españoles y españolas que primero encuentra, implorando de rodillas su valimiento para ante el tirano, sin que encontrara el menor convelo.

Se acercaba la hora fatal del 29 de Diciembre de 1816 en que los prisioneros iban a ser sacrificados.

¿Qué hace la desolada D^a Margarita? Se dirige resueltamente al Palacio de Sámano, pero la guardia le impide la entrada. En la puerta se queda aguardando, muda, como la estatua del dolor, impaciente y atemorizada, cuando el monstruo se presenta; ella se arroja a sus pies se ase de sus piernas e implora "¡gracia señor, gracia! ..."

Pero aquella fiera humana sacude violentamente sus piernas y a puntapiés arroja a la dolorida señora y en su enojo le levanta el velo ... Sorprendido entonces por tanta pertinacia y más por la hermosura de Margarita, le pregunta: ¿Qué es lo que quiere señora?

— Que me ponga en libertad a mi esposo que está en capilla.

— ¿Quién es su esposo?

—Modesto de Hoyos.

Sámano se vuelve a un escribiente y le dice:

“Dé orden al Jefe de la capilla que ponga en libertad a Modesto Hoyos y se lo entregue a esta señora.”.....

Eran las 9 de la mañana y a las 12 debían ser fusilados los prisioneros.....

Cuatro años de martirio, como ha podido juzgarlo el lector, pasados por Margarita en los sobresaltos, afanes y peligros, siguiendo de cerca a su marido en las peripecias de una campaña, en tiempo de la *guerra a muerte*, autorizan para presentar a aquella mujer singular como una de las heroínas de nuestra emancipación política, al lado de Simona Duque, Mercedes Abrego, Antonia Santos y Policarpa Salabarrieta.

Salvado del patíbulo el Capitán Hoyos, por el arrojado de su esposa, volvió a incorporarse al ejército libertador hasta 1817 en que regresaron los escasos restos de las fuerzas antioqueñas que, por distintas vías habían ido a combatir en el Cauca por la Patria.

Poco duró la felicidad de los esposos que, al regresar al seno de su familia, recalentaron el hogar que habían dejado frío; pero no ya con esperanzas de libertad, porque era entonces cuando la cuchilla exterminadora de Morillo se descargaba con más furor sobre los patriotas.

D. Modesto tuvo la desgracia de perder a su esposa, por aquel tiempo, y en la amargura de su dolor recordó el voto recíproco que habían hecho, de hacerse religioso el sobreviviente de los dos esposos.

En Popayán concluyó sus estudios y, ordenado de sacerdote, volvió a su tierra, en donde ejerció su ministerio por muchos años.

Siendo el Padre Modesto—que así lo nombrábamos todos—Cura de San Jerónimo, vino a visitar la Provincia de Antioquia el benemérito General Herrán, Presidente de la República, y de paso para la ciudad del mismo nombre le salió al encuentro el Cura. Tan inesperado acontecimiento produjo gratísima sorpresa, como es de suponer, en los prisioneros de la “Cuchilla del Tambo”, que se veían en tan distinta posición, después de tantos años.

Como era de esperarse, el Padre Modesto agasajó—de acuerdo con los posibles de la parroquia—espléndidamente a su ilustre huésped, quien al tomar una copa en la modesta mesa que se le ofreció, dijo, correspondiendo con la delicadeza y cultura que sabía usar el General Herrán:

“Brindo a la memoria de la esposa del Capitán Hoyos, la dama más hermosa que he conocido en el mundo.”

.....

Todo lo que hemos escrito en este capítulo lo debemos a la memoria privilegiada de un sobrino del Padre Modesto, el Dr. Jesús M. Gómez G., a quien lo refirió en 1855 el mismo protagonista, que era hombre comunicativo y sociable, contestando a la pregunta de por qué se había ordenado, y concluyó, conmovido visiblemente:

“Este es el secreto de mi vida.”.....

No hemos inventado, pues, una novela, porque quien nos ha suministrado estos datos es un anciano venerable, verídico e instruído.

El mismo amigo refiere que estando para morir el héroe de Ayacucho, se le acercó el Padre Modesto y palmeándole en el hombro y la espalda, le dijo amablemente:

“Pepito, estás malo, vas a morir, te lo dice un compañero de armas y amigo; estoy a tu disposición.” Entonces el agonizante Córdoba abrazó al Padre Modesto y depositó en él sus secretos de conciencia.

ABRAHAM MORENO.

SIMONA DUQUE

Nada tenemos que añadir a la interesante y verídica relación—que insertamos en seguida—si no es que veíamos cuando éramos niños a Dña. Simona cultivando con sus propias manos el huerto de su casa, situada en la salida de Marinilla para el Santuario. Vestía modestamente saya de fula azul, camisa blanca, y encima una camisa tetunjana, ceñida a la cintura, cuando estaba en el trabajo.

Cuidaba a su hijo Francisco, tullido por causa de una herida recibida en la magna guerra. Nos parece verlo con su capa de paño español—ya deteriorada por el tiempo—y su gorro blanco, sentado en una ventana que daba vista a la calle.

Allí lo colocaba su amante madre como un centinela avanzado de aquella triste morada. Se ocupaba este gran servidor de la Patria, en despachar con